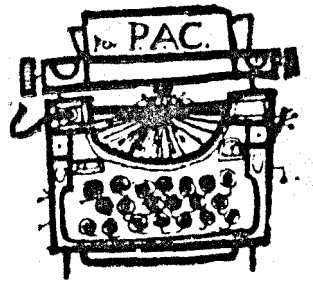


escrito a máquina

Diálogo Sobre la Pobreza



—Usted llamó a la POBREZA: “oscura excelencia”. ¿Por qué oscura? ¿Por qué excelencia?

—Hablé como cristiano y para el cristiano la POBREZA encierra una misteriosa contradicción. Tengo que amarla y tengo que combatirla. Porque la POBREZA encierra, en primer lugar, un misterio de elección. El Pobre vino a reponer al Judío. El pobre es el nuevo “pueblo elegido”. Aquel que da de comer, o viste, o visita en la cárcel, o le da techo o ayuda al pobre... “A MI ME LO HACE” dice Cristo. Sin embargo ¿a qué se acerca el cristiano al pobre? —A arrancarlo de su pobreza.

—Es realmente una contradicción.

—Sí, pero una contradicción dinámica, creadora, que impide el aburguesamiento. Sólo se puede luchar contra la pobreza con espíritu de pobreza. De otro modo nos pasamos al enemigo y le acabamos rindiendo culto al dios-dinero en vez de vivir el misterio del Dios-Amor.

—¿Qué significa, entonces, ser pobre?

—Depende. (¡Y esto es lo que desconcierta!). Dice Daniélou que la pobreza evangélica no consiste en aliarse a la desnudez como tal, sino en aceptarla cuando Dios nos la pide. San Pablo lo ha expresado con una frase laudatoria: “SOY CAPAZ DE ESTAR EN LA ABUNDANCIA Y CAPAZ DE ESTAR EN LA INDIGENCIA”.

—Eso en nicaragüense se llama “desprendimiento”.

—Exactamente. Pobreza es ser uno desprendido. O, en otras palabras POBREZA ES LIBERTAD. (Si yo tengo espíritu de pobreza, si soy desprendido, si no me sujetan las cadenas del dinero, o de los intereses, o del egoísmo, soy libre). PERO, en cuanto la pobreza se traslada a mi prójimo la definición cambia: en mi prójimo la POBREZA ES NECESIDAD. Y en ese mismo momento yo tengo que estar con él, con el necesitado. Yo no puedo ser libre si mi prójimo es esclavo. Yo no puedo significar AMOR si mi prójimo necesita y yo no le respondo. ¡Ese es el dinamismo social de la difamada “caridad cristiana!” Y sólo cuando existe ese dinamismo es posible crear una comunidad de hombres libres que sepan distribuir sus riquezas sin aburguesarse al usarlas.

—El problema es que ese espíritu anti-burgués, ese espíritu de desprendimiento, es el más atacado por todas las formas de la vida moderna.

—Alguien ha dicho que el verdadero pecca-

do contra la pobreza es la preocupación. El “preocupado”, en contraposición al “desprendido”, ha perdido su libertad. Se preocupa tanto por él que ya no puede ocuparse de su prójimo. Cada día nuestra humanidad negociante está cogiendo más la cara del preocupado. Incluso las enfermedades modernas son enfermedades de preocupación. Y nuestro cristianismo se ha convertido en rebaño de preocupados. Obispos preocupados. Fieles preocupados. Alguien decía que era un símbolo de la iglesia vieja (que ya abolió el Concilio) la forma de rezar el Padre Nuestro: Los fieles callaban y dejaban al sacerdote decir, solitario: “Padre Nuestro... Santificado Tu Nombre... Venga tu reino... Hágase tu voluntad...”. Pero, cuando se llegaba a la petición: “El pan nuestro de cada día dánosle hoy...” todos hacían coro. El “padre nuestro” sólo se hacía interesante cuando hablaba de nuestras preocupaciones...!

—Hemos perdido lo esencial.

—Usted puede ver ese mismo espíritu en todas nuestras realizaciones sociales, incluso en aquellas que parecen nacer exprofesamente para la comunidad. Por ejemplo: ¿No es el primer deber de una ciudad la hospitalidad; es decir, que la ciudad cobije, atienda, sea “casa grande” de cuantos la habitan? ¿Y qué hacemos en ella? —Darle preferencia a lo suntuario. Preferir lo que es lujo a lo que es necesidad. Remodelar parques en vez de afrontar el problema de la vivienda. Quitarle al Hospital su sentido de hospitalidad para mejorar su calidad de clínica... etc.

—Un bromista decía que toda esta política de progreso sin amor, de progreso sin prójimo, realizada en el momento actual, cuando La Habana toma todos estos textos y pretextos para soplar el fuego, era un anacrónico VALSE SOBRE LAS “OLAS”.

—No es broma. Cuando los PREOCUPADOS no dejan que se produzca una transformación, se produce la revolución de los DESOCUPADOS. Cuando el espíritu de riqueza olvida al pobre, el pobre —marginado— entra a la miseria. Y LA MISERIA ES SIEMPRE SUBVERSIVA. El espíritu de pobreza (y su “oscura excelencia”) no es, como algunos creen, una utopía cristiana: es una profunda exigencia del ser humano que, cuando se sofoca, irrumpe con fuerzas imprevisibles y con incontrolables resultados.

PABLO ANTONIO CUADRA